LA HERIDA LUMINOSA

Respirar por una herida nunca es bueno, y, si se es poeta, peor, porque los poetas tienen la sensibilidad a flor de piel y cada sensación vivida les traza un surco tan profundo en el alma que resulta imposible de borrar, por más que nuevas inquietudes y hasta situaciones placenteras vengan a incorporarse al bagaje de los sentimientos. Incluso cuando la herida duele más es posible que su tensión anímica llegue al máximo y su poesía alcance las más profundas vibraciones, sin descartar el vacío que puede ocasionarle perder de vista el foco doloroso, que, si bien es cierto que martiriza, no lo es menos que nos ayuda a sentirnos vivos, esto es, a ser poetas en toda la extensión contradictoria del término:

En el corazón tenía
la espina de una pasión,
logré arrancármela un día,
ya no siento el corazón.

Eso decía Antonio Machado Ruiz, un poeta que, fulminado por el rayo de la muerte prematura de una esposa adolescente, Leonor Izquierdo, bajó desde las altas tierras de Soria hasta el mar de olivos andaluz a lamerse las heridas de viejo león agonizante. Corría el año 1912 y fue Baeza, mística y castellana, bella y silente como una noche de invierno, la ciudad elegida por el profesor francés andaluz para cauterizar los desperfectos que el tiempo había ocasionado en lo más hondo de su ser. Allí permanecería siete años, hasta que un nuevo traslado lo encaminara a la ciudad de Segovia, muy cerca de un Madrid siempre añorado

en el que, pasado algún tiempo, al viejo olmo seco le retoñarían las hojas verdes de un segundo amor de madurez al lado de la enigmática Guiomar.

En la ciudad andaluza del Renacimiento, Antonio Machado sufre todos los procesos de amor y desamor que antes hemos relatado, lo normal en quien tiene el corazón en carne viva y reprueba incluso la mano que se tiende para mitigar los dolores más encarnizados.

Por un lado descubre la recatada hermosura de esta ciudad de piedra, con las sienes encapotadas, como la cabeza del poeta, por un manto gris de niebla. Ahí debemos de situar sus tertulias en la rebotica de Almazán, los eternos paseos por sus calles y sus campos, sobre todo por ese mágico recorrido, que hoy lleva su nombre, y que circunda la vieja muralla de Baeza, lugar al que se escoge como amigo y confidente:

De la ciudad moruna
tras las murallas viejas
yo contemplo la tarde silenciosa
a solas con mi sombra y con mi pena.

Las largas caminatas hasta la vecina Úbeda, que, desde el borde de la Loma, mira con altivez hacia la ciudad rival, se convirtió en un ritual de obligado y frecuente cumplimiento, porque no debemos olvidar que para Machado el caminar era algo más que un simple desplazarse de un lugar a otro, era también el avanzar por el río de la vida trazando un camino nuevo, no hollado por pasos anteriores, pues es cada hombre el que con su trayectoria vital debe desbrozar los senderos de su destino:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Un incierto y oscuro presagio que lleva a Don Antonio a imaginar, desde la inquietante atalaya de esta Andalucía, que aún camina abrazado a la mujer a la

que debió sin duda los momentos más completos de su existencia, un sueño que se quiebra de pronto con la evidencia de su triste situación, que ya nada ni nadie puede cambiar:

Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!.

Este sentimiento de frustración provocará en Machado sentimientos de ira y desdén contra ese mismo espacio telúrico que tanto amaba. No hay nada como el despecho para que pasemos sin intervalos del amor al odio. Por eso, al lado de las bellas descripciones de Baeza y su contorno, nos encontramos con furibundos ataques contra el pueblo y sus gentes, como la carta que escribe a Unamuno, hacia 1913, en la que vierte diatribas durísimas contra la tierra que lo acoge: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un 30 por 100 de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta...».

Resulta patético observar cómo la sangre derramada de los sentimientos doloridos puede empañar lo que, en otros muchos momentos, contribuyó al remanso de paz que el poeta requería y que, sabemos, le sirvió de modelo poético y de bálsamo a la hora de reorganizar su mente y disolver en el olvido los últimos posos de su tristeza. De Baeza salió un Machado más sereno, mucho más profundo en sus convicciones democráticas y dispuesto a darle a España, y al mundo de las letras, una lección de belleza y bonhomía pocas veces superadas. Por eso, pensamos, es preciso analizar sin cólera el proceso catarsis realizado; percibir que, cuando dice que en Baeza solo existen «páramos espirituales» y la acusa de conservadora en política y levítica en su espiritualidad, está tan solo apurando un cáliz de dolor que la atenazaba. Muchos años después, con su vida rehecha tras su estancia entre nosotros, posiblemente el recuerdo de aquellos atardeceres morados y cenicientos, el color pardo de esa piedra inmortal que la caracteriza, tal vez, incluso, se acordara de nuevo de aquella espina que lo

torturó cuando vivía bajo su cielo estrellado, pero que obligó a su corazón a mantenerse vivo y joven, sin esa tristeza en el diapasón de sus latidos que lo llevó a apagarse para siempre en el pequeño pueblecito de Colliure, eso sí, tal y como había pronosticado: «ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar».

JOSÉ LUIS BUENDÍA LÓPEZ
(*Jaén*, Jaén, 15 de agosto de 1993)